

AA.VV., *Il pensiero único dominante. Come reagire*, Nápoles, Fondazione Il Giglio, 2020, 102 págs.

El seminario de formación del año 2019 de Fraternità Cattolica se dedicó al tema del llamado pensamiento único. En este volumen se recogen las ponencias desarrolladas en el curso del mismo. El sentido del mismo viene explicado en una brevísima presentación: «Mediante la imposición de la comunicación políticamente correcta, el pensamiento único se configura como una forma de dictadura relativista que invade la cultura, el arte o los medios de comunicación y condiciona intensamente la información». Dos textos se refieren a la historia. El primero, de Miguel Ayuso, trata de la «memoria reconstruida» y la manipulación de la historia. El cuarto, de Genaro de Cresenzo, ofrece su aplicación a la invención del *Risorgimento*. Otros dos se centran en el pensamiento único y la corrección política. Así, Marina Carrese, se ocupa del mismo a propósito de la teoría del género y el homosexualismo. Mientras Guido Vignelli examina la inmigración, *rectius* la ideología inmigracionista. Un capítulo plantea algunas hipótesis de reacción.

Gaspar LAMARCA

Alberto G. Ibáñez, *La Leyenda Negra: historia del odio a España. El relato hispanófilo externo e interno*, Córdoba, Almuzara, 2019, 432 págs.

Nos encontramos con un libro extremadamente ideologizado en el que, al menos por su título, se promete un trabajo de historia sobre la Leyenda Negra española. Pero lo que realmente se ofrece al lector es algo mucho más ambicioso, disimulado bajo esas apariencias. Lo iremos viendo a lo largo de esta reseña.

El capítulo primero se titula «España, un misterio sin resolver». Sin embargo, no hay que hacerse ilusiones, pues el supuesto misterio citado no se va a dilucidar en todo el texto. Lo que nos indica que al autor no le interesa lo que es nuestra Patria, es decir, su esencia. Eso sí, ya se nos pone sobre la pista de la influencia de un destacado historiador liberal hispano del siglo XX, Claudio Sánchez Albornoz y su *España, un enigma histórico*. Los autores más citados son Julián Marías, Ortega y Gasset y Salvador de Madariaga, muy significativos de la línea ideológica de esta obra. Como también lo es que sólo cite a un autor tradicional,

al menos en lo cultural, como fue Menéndez Pelayo en dos ocasiones. Y en una de ellas, refiriéndose al final del famoso epílogo de sus *Heterodoxos*, afirme, nada menos que «[...] probablemente D. Marcelino se excedió al clamar aquello [...]» y que «[...] tal vez sea la grandeza y unidad de la Iglesia la que se deba a España [...]» (sic) (pág. 441). No hace falta multiplicar las citas pues, en este mismo primer capítulo, se mencionan las ideologías que, a título de metodología, se propone usar el autor como base de su trabajo y encontramos una mezcla de todas las que se hallan hoy día en boga: desde el feminismo y el cientifismo post-moderno hasta la psicología de auto-ayuda, incluyendo la inevitable ideología de género.

El libro está fundamentado en un liberalismo que podríamos calificar de «última generación» y un historicismo post-moderno en el que sigue, además de a los autores ya citados, a Jürgen Habermas, a quien considera como un filósofo «faro intelectual de la izquierda europea» (pág. 449). En este sentido continúa la línea de Julián Juderías, pero actualizándola. Consciente el autor de que tanto el liberalismo decimonónico como su correspondiente nacionalismo se hallan desfasados y obsoletos en su versión original, en esta época del Nuevo Orden Mundial, se propone reactivarlos y adecuarlos a la nueva coyuntura. Para ello busca confundir el nacionalismo estatal hodierno con el patriotismo auténtico a fin de volver a parasitarlo y, tergiversándolo, ponerlo de nuevo al servicio de la Revolución en su fase actual (tal como ha hecho, hasta los años de la revolución cultural por lo menos, el nacionalismo decimonónico). Recordemos cómo los primeros revolucionarios, hace ya dos siglos, se auto-proclamaban «patriotas» frente a los auténticos, que no eran otros que los tradicionalistas. De este modo, dando por supuestos los tronos a las premisas, pone cadalsos a las consecuencias. Y dichas consecuencias condenadas son los nacionalismos separatistas actuales (cuya crítica se puede asimilar fácilmente al nacionalismo jacobino español que se propone en el texto) y el post-modernismo desintegrador, fruto de la revolución cultural (como si esta no fuera la penúltima vuelta de tuerca de la Revolución mundial). Y así, se pretende superar estas y otras dificultades mediante un nuevo patriotismo (entiéndase nacionalismo) «transversal, crítico e integrador» (pág. 615) que sería complementario con la mundialización actual: «Queremos que las Naciones Unidas funcionen eficaz y democráticamente» (pág. 610), es decir, una contradicción hasta en los términos.

Este nuevo nacionalismo español busca, como todos, salvar la nación, pues no se puede ocultar su descomposición, a pesar de que se considere que «la historia de la España democrática ha sido un gran éxito». Para ello propone alimentar y profundizar en las causas de esa descomposición con unas medidas claramente totalitarias como centralizar la educación y la lengua, siguiendo exactamente el modelo napoleónico (véanse las págs. 455 y 291-292) o uniformar las ideologías, pues su variedad sería una importante dificultad de cara a la unidad nacional y la implantación del nuevo nacional-liberalismo (véase epígrafe pág. 458). En el fondo, aunque se proclame continuamente la idea de tolerancia (una vez más, un principio de la doctrina católica utilizado en forma secularizada) lo que se ofrece es un nuevo totalitarismo, semejante al de los separatismos peninsulares que tanto se critican en esta misma obra.

La clave de lo que ha sido España, punto en el que a nosotros sí nos interesa entrar, ha sido siempre la religión católica; su alma, como escribió Menéndez Pelayo, y el fundamento de su unidad, que es la Unidad Católica. Por eso España, según se va des-cristianizando, se va rompiendo, muriendo y desapareciendo. Pues bien, dejando de lado todo el materialismo anti-cristiano que se halla implícito en las ideologías que inspiran este libro, en este aspecto de la religión se sigue a un profesor londinense de «Ciencias económicas» que aplica el neo-modernismo al ámbito histórico. Con semejante inspiración, se llega a decir que «[...] la iglesia española comienza su decadencia cuando olvida su misión de sostener el *progreso* y la mayor gloria de España» (¿?) (pág. 440). Se explica semejante enormidad cuando se lee que «los españoles tendríamos que haber creado nuestra propia religión nacional, como hicieron otros (en realidad, casi todas las naciones que cuentan en el mundo)» (pág. 432). Por lo tanto, para «contar en el mundo» deberíamos disponer de una iglesia propia (¿como la Iglesia Patriótica China?), sometida al Estado. Una receta muy eficaz para disolver (y así destruir) la Religión Verdadera en el laicismo del mundo contemporáneo.

La nueva religión universal ya no sería la Católica (que significa justamente eso, universal) sino la Nueva Era y su espiritualidad (otro concepto robado a la doctrina cristiana verdadera) panteísta y gnóstica; eso sí, perfectamente compatible con la Nacional Democracia del Nuevo Orden Mundial. Y a estas ideologías se les va a envolver en la gloriosa historia de la España Católica, la auténtica, para que el producto final sea rentable y el engaño, eficaz.

En conclusión, nos encontramos con un trabajo superficial, repleto de distorsiones y anacronismos debido a las ideologías en que se fundamenta, y, al final, convertido por ellas en un mero panfleto del nuevo nacional-liberalismo mundialista. En todo caso, resulta muy desaconsejable su lectura. Se empleará mucho mejor el tiempo en otras como *La contaminación ideológica de la Historia*, de Estanislao Cantero, o *La democracia como religión*, de Rafael Gamba.

Eugenio BARRERA

Emmanuel Biset y Ana Paula Penchaszadeh (comps.), *Soberanías en deconstrucción*, Universidad Nacional de Córdoba, 2020 (libro electrónico).

En la posmodernidad reina la deconstrucción instituida por Jacques Derrida. Y si bien todo se puede deconstruir, objeto predilecto es la soberanía estatal, tan debilitada por la globalización jurídica y política. Esa es la tarea que NO acometen estos estudios que han recolectado Emmanuel Biset (Universidad Nacional de Córdoba, CONICET) y Ana Paula Penchaszadeh (CONICET), y que reúne a un grupo de intelectuales concedores de Derrida y otros pensadores afines. Todos ellos encargados, NO de mostrar la demolición o implosión de las instituciones más firmes de la Modernidad, sino de expurgar qué creía el francés sobre la soberanía y cosas afines, especialmente la lectura.

Emmanuel Biset, en su «Prefacio», afirma que toda lectura es tarea de recepción de una tradición (más bien, traducción) y que en este caso se trata de la cuestión de la soberanía en Derrida. Sutil primer deslizamiento: el lector (trascendente) se emplaza en el centro, desplazando al autor, poniendo al traductor en el lugar del texto (inmanente); pero no tanto, porque no se trata de domesticar la traducción sino de ofrecer una lectura que no domestique. Lo que realmente es difícil, en especial porque se propone explotar la potencia política de la desconstrucción, lo que en buen romance es una manera de domesticarla en el sentido de orientarla hacia dónde quieren los lectores/traductores. Está claro: jugar los juegos de Derrida puede ser muy divertido, pero nada más; y jugar tales juegos es hacerlo sin reglas, como manda la deconstrucción, por ende, sin atender a aporías, contradicciones, sofismas y otras normas de la sana lógica, porque reina el